cerle la guerra á Pico por todos los medios imaginables.

Entretanto Romero se persuadia mas y mas, de que era imposible hacer nada con aquel consueta; buscó otro por todas partes, y se acercaba el dia de la primera funcion sin que María del Cármen cediera un punto en sus exijencias.

Romero tuvo una solemne entrevista con Pico, quien á su vez estaba pronto á servir su antiguo empleo, no sin haber sacado ventajas de la situacion; pues no se contrató de nuevo sin haberse escriturado previamente con doble sueldo y recibiendo una anticipacion.

Pico é Isolina formaban una familia, y desde el momento en que solos viajaban y se alojaban, nadie podia figurarse que allí no se trataba mas que de protector y protegida.

Las delicadas atenciones que Pico habia tenido con Isolina, no habian podido ser tales que no se hubieran encontrado en situaciones difíciles.

La primera noche hubieron de alojarse en el mismo cuarto, y este incidente puso mas de manifiesto el mérito de Pico; pues Isolina tuvo ocasion de apreciar la caballerosidad de su protector.

CAPITULO XI.

EL PRIMER SUSTO DE PICO Y LA PRIMERA REPRESENTACION DRAMÁTICA.

DON Pepe García acompañó á Romero y á los demas individuos de la compañía el dia de su salida del pueblo; y ofreció cordialmente su amistad y servicios á los actores y que haria un viaje á San Luis para tener el gusto de volver á estrecharles la mano.

El escribiente tambien fué de la expedicion, y cada vez mas enamorado de María del Cármen, estaba á punto de decidirse á abandonarlo todo por seguir á aquella muger que tan profunda impresion le habia causado.

Desde luego las buenas relaciones de D. Pepe con Romero comenzaron á hacerse palpables; pues en el viaje á San Luis ya María del Cármen tuvo ocasion de abandonar su burro para instalarse mas cómodamente en el quitrin de D. Pepe.

Mientras Romero luchaba con las graves dificultades de su compañía por la separacion de Pico y se acercaba el dia de la primera funcion, D. Pepe habia tenido ocasion de notar la evasion de Isolina.

Don Pepe se puso furioso al encontrar vacía la habitasion de su prisionera, precisamente cuando estaba mas seguro de su triunfo, y decidido á no prolongar por mas tiempo la serie de sus innumerables humillaciones.

Al principio no se dió cuenta de lo que habia pasado; pero al reconocer la falsa cerradura de la ventana se puso á seguir la pista, y comprendió que era imposible la evasion de Isolina sin la intervencion de Pico, alojado en el cuarto que conocemos, y que era el único punto por donde podia haberse escapado la prisionera.

A estos datos agregó el de que Pico se habia adelantado aquella mañana y que nadie lo habia visto partir.

Don Pepe mandó ensillar su mejor caballo, y acompañado de dos criados se dirijió á San Luis, á donde llegó en momentos en que María del Cármen habia consentido ya en el ingreso de Pico, por haberse convencido de que efectivamente era indispensable su cooperacion.

Lo primero que hizo D. Pepe fué buscar á Romero, á quien despus de saludar afectuosamente le preguntó con

notable interes por Pico; pero no fué necesario que Romero le diera noticia de su apuntador, pues se presentaba en esos momentos, precisamente para encargarse de la concha, segun se lo habia mandado suplicar Romero.

Pico se demudó al ver á D. Pepe, y comprendiendo cuan comprometida era su situacion procuró revestirse de energia y de calma.

—Tengo un asunto de importancia que tratar con usted, señor Pico, le dijo D. Pepe.

—Estoy á las órdenes de usted, contestó Pico.

Don Pepe García y Pico se apartaron algunos pasos.

—Tal vez no necesite decir á usted de que se trata, dijo D. Pepe temblándole la voz.

—Probablemente, contestó Pico con serenidad.

—No será necesario advertir á usted que estoy resuelto á todo.

—No señor, no es necesario; lo comprendo.

—Pues bien.....

—Señor D. Pepe, dijo Pico cada vez con mas aplomo, á mi vez tengo tambien el derecho de suponer que sabrá usted hacer justicia á la galantería y al honor de un caballero.

—Vamos á ver.....

—No seré yo quien me atreva á negar á usted los derechos que tenga para interrogarme; pues aunque así fuera acabo de saber hace un momento y por una verdadera casualidad, que usted es la misma persona interesada en saber los pormenores de una aventura, que al principio

juzgé sin trascendencia alguna. Figúrese usted, pues, señor D. Pepe, que la víspera de nuestro viaje para esta ciudad creí haber tenido un sueño, lo cual no me sorprendia, porque yo soy sonámbulo; y esta rareza me ha puesto mas de una vez en dificiles predicamentos.

Pues como iba diciendo: me creí bajo la impresion de un sueño extraño, porque á media noche oí una dulce voz que me llamaba. Quién vive? pregunté creyéndome sorprendido por el enemigo, porque yo he sido militar, señor D. Pepe, de manera que no debe usted extrañar que le hubiera dado el quién vive á una señora, porque era una señora quien me despertaba.

Aunque con dificultad pude enterarme de ello; pues en mi sonambulismo bien pudo haber sido aquella vision la sombra de una de mis novias; pero no habia nada de eso, era una señorita á quien no tenia el honor de conocer.

—Caballero, me dijo por fin al verme despierto, ¿tiene usted la bondad de abrirme la puerta?

—¡La puerta! debe estar abierta supuesto que ha podido usted entrar.

—Sin embargo, ruego á usted que me abra.

—¿Quién es usted?

—Nadie; soy una sombra.

—¡Cáscaras! exclamé; esta sombra de carne y huesos me va á hacer perder el juicio.

—¡Por Dios! repitió la sombra con un acento tal de afliccion, que empecé á comprender que allí habia algun negocio grave.

Luchaba yo con el sueño y me incorporaba; pero estaba visto que yo no dormiria en toda la noche si no me paraba á abrirle á aquella sombra.

Así lo hice por fin; abrí la puerta y la sombra salió diciendo: ¡gracias!

Al dia siguiente me pregunté si habia yo soñado, ó si estaba despierto, y confieso á usted que esta duda me ha atormentado hasta hace un instante, en que como ya he tenido el honor de decirlo á usted, acabo de enterarme de cierta historia.

Pico habia dado á su relato tal acento de verdad, que D. Pepe clavó la vista en tierra pensando en que su prisionera no debia haber salido de Santa María.

—Entonces..... dijo D. Pepe, usted no sabe si esa señora.....

—No sé nada, excepto la breve interrupcion de mi sueño; y vea usted lo que son las cosas, despues me he arrepentido de haber abierto la puerta; algo hubiera yo dado por conocer á aquella sombra, cuya voz me parecia tan simpática, al grado que la reconoceria si volviera á hablarme.

—¡Ah! exclamó D. Pepe, esa muger está en Santa María.

Esta fué una idea luminosa y conveniente para Pico, quien aunque guardó silencio á este respecto, pensó que seria muy conveniente hacer creer, aun al mismo Romero, que Pico estaba solo.

—Casualmente, pensó, Romero está tan preocupado

por mi separacion y por la falta que le estoy haciendo, que no me ha preguntado por Isolina.

En seguida Pico se dirigió á D. Pepe.

—¿Conque no fué mi sonambulismo, no fué un sueño el mio? ¿conque fué cierto? Usted lo corrobora; fué una muger la que me despertó y esa muger es.....

—¡Caballero! exclamó D. Pepe, ruego á usted que guarde silencio acerca de todo lo ocurrido.

—Lo ofrezco solemnemente.

—Me vuelvo en el acto á Santa María. Adios.

Don Pepe desapareció sin haberse despedido de Romero, quien durante esta entrevista misteriosa, habia estado pendiente del semblante de ambos, porque sabia cuan grave era el asunto de que se trataba.

Cuando D. Pepe se hubo alejado, Romero no pudo menos de felicitar á Pico por su serenidad, y aun se felicitó á sí mismo de verse libre de las preguntas de D. Pepe.

Convinieron Pico y Romero en que Isolina no apareceria mas, y que á María del Cármen se le haria creer lo que estaba creyendo D. Pepe; quiere decir, que Isolina se habia quedado en Santa María del Rio.

Don Pepe no hizo objecion alguna, ni tuvo la menor dificultad en creer la relacion de Pico, que efectivamente tenia todos los visos de la verosimilitud; y lejos de poner en duda alguna de las aseveracienes del apuntador, se concentró en sí mismo para buscarle apoyo y corroboracion.

—Rota la ventana de mi prisionera, pensaba D. Pepe

se encontró esta en el patio, vió abierta la ventana de Pico y entró con facilidad porque la ventana es muy baja; vió un hombre durmiendo, no conocia la habitacion y á oscuras no pudo ver la puerta: despertó á Pico para que le abriera, este lo hizo así medio dormido y mi presa salió: todo esto es muy fácil. Yo no oí ladrar al perro, pero ya se ve, si esa noche no dormí en casa.

¿A donde puede haber ido Guadalupe? Segun todas las probibilidades, nadie ha favorecido su evasion, excepto Pico, y eso de una manera que no le compromete; luego Guadalupe ha huido sola, y viéndose libre, ó se ha refugiado en alguna casa ó ha tomado el campo. Yo lo sabré todo.

Don Pepe llegó á Santa María á una hora inusitada, pero no por eso reservó sus pesquisas para mas tarde; llegó á la casa del prefecto y mandó despertarlo.

—¿Qué novedad ocurre? dijo el prefecto alarmado.

—Un negocio de la mayor importancia.

—Diga usted, señor D. Pepe.

—Tenemos en Santa María oculto en estos momentos, un pollo de cuenta, un revolucionario, un criminal á quien la justicia busca en estos momentos: el gobernador de San Luis acaba de recibir la noticia de que ese hombre se encuentra aquí, y he venido á todo correr, con objeto de ponerlo en conocimiento de la autoridad y que se proceda á su aprehension.

—Pero ¿quién es ese hombre?

—Traigo su filiacion, aquí está.

Y D. Pepe sacó un papel doblado.

El prefecto iba á tomarlo y D. Pepe dijo:

—Pero no hay que perder un instante, traigo órdenes apremiantes.

—¿Pero usted conoce al reo?

—Creo conocerlo, porque es de los plagiarios que ví en San Luis.

—¡Ah! ¿pues si usted me ayudara, Sr. D. Pepe?

—Yo estoy seguro de dar con él, tengo mis datos.

—Pues señor D. Pepe.....dijo el prefecto en tono de súplica.

—Bien, ponga usted la órden por escrito y la policía á mi disposicion, y puede usted acostarse, que si yo no lo encuentro no lo encontrará nadie.

El prefecto lo hizo así con gusto, y enseguida se recogió para reconciliar su interrumpido sueño.

Don Pepe, autorizado competentemente, cateó muchas casas del pueblo, recorrió las orillas de la poblacion, y á algunos vecinos que hacian el servicio de policía, los envió en distintas direcciones, con órden de atrapar al reo imaginario con quien D. Pepe ocultaba sus miras, ó por si acaso una muger que pareciera sospechosa.

Entretanto, en San Luis, habia llegado la noche de la primera representacion y habia circulado con profusion el prospecto de la temporada cómica.

Este prospecto era un modelo de literatura de contaduría, en cuyo género D. Gervasio Miguel Romero no tenia rival.

El prospecto empezaba así:

Teatro Alarcon.

SUBLIME TEMPORADA CÓMICO-ARTÍSTICO-DRAMÁTICA.

¡VENID! ¡VENID!

Compañía del primer actor, director, formador, empresario y director de escena, Gervasio Miguel Romero del Campo.

PROSPECTO.

«Al pisar las fértiles campiñas de San Luis Potosí, poética ciudad del entusiasmo artístico, late el corazon agradecido del que suscribe, á la sola idea del lauro que alcanzarán los esfuerzos notables que, catorce años de pisar las tablas, le hacen levantar la frente con orgullo artístico.

«Las ovaciones espléndidas que por donde quiera ha recogido la compañía que tengo el alto honor de dirigir dignamente y con decencia, van á tener su secuela escénica en esta ilustrada poblacion, en la que, las dignas familias de los súbditos de S. M. C., protegiendo el arte como es debido, se han apresurado á tomar las localidades del bonito teatro, donde se presentará por primera vez la perla del teatro nacional.

¡¡¡SEÑORA DOÑA MARÍA DEL CÁRMEN ZUBIRÍA DE ROMERO DEL CAMPO!!!

«Laureada en escenarios mil, por apreciables y cultos públicos inteligentes.

«Ofreciendo ademas, á costa de penosos sacrificios y por armonizar la visualidad del aparato escénico, complemento del arte, con la coreografía, la en el baile

INIMITABLE PAREJA PINTADO.»

Aquí seguia el elenco de la compañía, que aparecia numerosísima, pues figuraban nombres de personas que probablemente existirian á distancia de muchas leguas.

Enmedio del trajin en que se encontraba D. Gervasio mandando adornar la fachada del teatro y contratando músicos para que tocaran en la calle antes de la funcion, recibia muchos recados y mandaba á todos, gritaba, entraba, salia y se multiplicaba prodigiosamente.

—Señor, no se encuentran flores!

—¡Búscalas, animal! en las huertas, á cualquier precio, pero muchas; ya sabes, haces veinticuatro bouquets, que yo te diré la hora de arrojarlos al foro.

—Aquí están las pruebas de los sonetos.

—¡No grites tanto! ¿no sabes que eso es de telon adentro? Ya tengo prevenido que las cosas del foro no se me publiquen. Señor, no acaban de comprender ustedes el arte; ¡qué país, señor, qué país este! «¡Que aquí están los sonetos!» ¿no sabes, bruto, que esos sonetos son arrojadizos y deben ser una sorpresa para nosotros?

—No lo sabia, señor, dijo el cajista.

—Estos sonetos son de un amigo, él los costea en honra de mi señora y de mi mérito artístico; pero yo se los corrijo y van á creer las gentes que yo me despacho con el cucharon.....

—Aquí están las palomas! gritó una criada.

—¡Bajito, bajito, por el amor de Dios! Hoy todos se han empeñado en gritar; todo eso se hace bajito.

—Llévale esas palomas á mi señora para que las adorne con cintas de colores.

Romero se puso á corregir las pruebas, que decian así:

Al eminente artista nacional

D. GERVASIO MIGUEL ROMERO DEL CAMPO.

SONETO.

Salud, rey de la escena sin segundo,
¡Oh grande artista superior á Talma!
De gozo y de terror llenas el alma,
Va tu talento avasallando al mundo!.....
&c.....&c.....

Por respeto al lector no lo copiamos íntegro.

El soneto estaba firmado con iniciales que el público no podria atribuir á ninguno de sus poetas conocidos.

El soneto dedicado á la dama, empezaba de este modo:

"Perla del arte de sin par oriente, etc.

—¡Gervasio! gritó María desde su habitacion

—Madre! contestó Romero.

—¿Y los versos?

—Aquí están.

—¿Cuáles diste á la imprenta?

—Para tí, aquel soneto de "Perla del arte de sin par....

—¡Ah! sí, ya sé.

—Y para mí: "Salud, rey de la escena.....

—Bueno; ¿y aquí hay poetas?

—Creo que sí.

—¿Cómo va la entrada?

—Casa llena.

María apareció en la puerta al oir aquella frase mágica.

—¡Casa llena!

—Poco menos hasta ahora; pero se volverá la gente.

—¡Bien te has movido!

—Como siempre, hija, como siempre; por darte nombre, por elevarte hasta el zenit. ¿Qué trajes has sacado?

—Para el primer acto, la enagua parda.

—¡Dios nos asista!

—Es el que he sacado siempre; como en el primer acto todavía soy una campesina.....

—¿Y qué tenemos con eso? ¿no ves que la visualidad es lo primero? este es un público nuevo y debo hacer tu

presentacion con todo el aparato y la grandiosidad artística que .....

—Pero si soy una lugareña, y hasta el segundo acto no empiezo á ser la marquesa de.....

—Todo eso está muy bueno; pero ¿y la visualidad en la presentacion? ¡Figúrate como te va á caer la lluvia de oro y á alumbrar la luz de Bengala vestida con la enagua parda!

—Tú tienes la culpa por haber elegido esa pieza.

—Sí; pero contando con que aparecerias con el gran vestido color de rosa desde el primer acto.

—En fin, tú eres el director y saldré como quieras.

—Con el gran vestido.

—Así lo haré.

Gervasio y María se pusieron á acomodar la ropa en un gran cesto, que bien pronto estuvo repleto con los trajes, las pelucas, los útiles de tocador, las palomas, la edicion de los sonetos, el ejemplar de la comedia, los papeles y otra porcion de menudencias.

Romero corrió á la contaduría, y despues al foro, y en seguida á su casa; y á medida que se aproximaba la noche desplegaba mas y mas actividad.

La calle del teatro estaba iluminada con luminarias, y de las cornisas del pórtico pendian flámulas, banderas, y guirnaldas de flores, y tocaba alegres valses una estrepitosa música militar frente á la fachada del edificio.

A las siete de la noche ya Romero y María estaban en su cuarto del vestuario, y la funcion iba á comenzar á las

ocho y media; hora en que el respetable público acostumbra concurrir al espectáculo, á pesar de todos los anuncios y de todos los prospectos de Romero.

Ya en los palcos próximos al proscenio y en la galería estaban convenientemente colocados los encargados de la ovacion con que al público se le iba á hacer creer que se entusiasmaba; habia ademas repartidos algunos individuos que habian adquirido localidad sin mas estipendio que la obligacion de aplaudir furiosamente á Romero y á la primera dama cada vez que aparecieran.

La orquesta tocó la obertura de la Primavera, de Beristain, porque Romero habia encargado á los músicos que todas las piezas fueran obra de mexicanos, agregando que él velaba constantemente por las glorias de su patria.

Por fin se levantó el telon: la concurrencia no era tan numerosa como Romero se lo habia esperado; pero á la hora de su presentacion el teatro se vino abajo segun él lo habia previsto; se presentó María y hubo lluvia de oro, dianas, palomas, ramilletes y sonetos.

La ovacion fué espléndida.

Al caer el telon Romero mandó abrir la puerta del foro y abrió tambien la de su cuarto para recibir las felicitaciones de sus amigos.

Entrar al foro es una especie de privilegio que se disputan muchos individuos del público.

Hay quien haga alarde de tener amistades entre bastidores; y esta visita que en lo general es de las mas insustanciales, pasa por una calaverada.

Los pollos se deslizan burlando la vigilancia del portero, y penetran al foro para ver los bastidores por detras: otros entran diciendo con estudiada socarronería:

—Vamos á ver lo que se pesca.

Generalmente estos no son pescadores.

Otros se han hecho adrede amigos del director; y otros van tras los encantos de la dama; todos entran para hacer algo y salen, generalmente, sin hacer nada.

Si alguna peripecia ocurre entre bastidores, si se trasluce alguna poridad, salen del foro los visitantes como los vendedores de noticias extraordinarias, á contar aquello á los del salon.

Esto era lo que esperaba Romero.

—Muy bien, señor D. Gervasio María; me ha hecho usted llorar.

—¡Oh amigo! contestaba Romero, ese es el arte; pero se mata uno, se mata uno en este trabajo!!.....

Y esto lo decia Romero limpiándose el sudor, que no tenia, y finjiéndose mas fatigado de lo que estaba.

—Perfectamente! entraba diciendo otro amigo de D. Gervasio; hacia tiempo que no veiamos esta pieza tan bien representada.

—¡Gracias, gracias! que quiere usted ¿el estudio y catorce años de pisar las tablas, esto es trabajar, amigo; yo me presento con orgullo verdaderamente artístico, ante mi querido público. ¿Han notado ustedes el servicio de la escena? todo propio, todo adecuado, todo en su lugar.

—¡Ah! si desde luego se conoce la mano maestra del director.

La escena no tenia nada de particular.

—Ya verán ustedes ese segundo acto. ¡Dios mio! ese segundo acto, era para actores de fuerza.

—Dicen que Valero se fatiga mucho en este drama.

—Lo creo, este drama no es para Valero, se necesita..... en fin, ser artista.

—Se le felicita á usted, D. Gervasio; dijo desde la puerta un español.

—Gracias, amigote, pase usted á descansar.

—¿Y la señora?

—Se está arreglando.

—Sea en hora buena. Iba á decirla que ni en Madrid he visto esto.

—Buenas noches, dijo un jóven entrando, sombrero en mano.

—¡Hola! amiguito, como vamos.

—Soy Fuentes.

—¡Ah!

—El poeta de Santa María.

—¡Oh! amiguito, no le esperaba á usted por acá.

—Que quiere usted, me dí mi escapada.

—De quince leguas.

—Sí señor.

—Vaya, señor Fuentes; y que tal? ya ví sus versos de usted; yo no merezco tanto: amigo, es usted muy bondadoso.

—¡Mis versos! dijo Fuentes abriendo los ojos y figurándose que se trataba de los versos que le habia dado secretamente á María en el dia de campo.

—Sí, hombre, los sonetos que han arrojado esta noche, ¿no son de usted?

—¡Ah! sí señor, yo.....

—Ya lo decia yo; bien conocí el estilo y la elevacion, ó mas bien dicho, mi María que es tan inteligente es la que me hizo notar que los sonetos debian ser de usted.

—Señor Romero.....

—Nada, nada de modestias, amigo; lo bueno siempre es bueno; y á la verdad es hermosísimo esto de «*Perla del arte de sin par oriente*»... ¡Oh! eso es magnífico; y el otro de «*Salud, rey de la escena*»..... Muy bien, amigo mio, muy bien; le envidio á usted su talento; yo en mi vida he podido hacer un verso.

—Pero en cambio sabe usted decirlos.

—¡Ay amigo! el estudio, catorce años de pisar.....

En este momento salió María.

Todos se pusieron en pié.

D. Gervasio hizo la presentacion.

El poeta Fuentes le tendió la mano á su amiga.

—¡Oh! señor Fuentes, ¿usted por aquí?

—Aquí lo tienes dijo Romero; ya lo felicité por los sonetos

—Yo me supuse en el acto que eran de usted.

—Señorita.....

Ya se deja entender que Fuentes, no cabia en sí de satisfaccion.

Don Gervasio Miguel Romero del Campo siguió levantando la frente con orgullo, hasta el momento de revisar las cuentas en la contaduría del teatro.